

ASTROBIOLOGÍA Y FILOSOFÍA: CERRANDO EL CÍRCULO ORIGINAL

Ricardo Campo Pérez
rcampo@ull.es

RESUMEN

La Astrobiología se ha convertido desde la pasada década de los 90 en una de las disciplinas científicas con mayor impacto social. La posibilidad de que exista vida en otros lugares del universo se adivina cercana gracias a los avances en las técnicas de observación y a las próximas sondas que visitarán otros planetas y satélites de nuestro sistema solar. Las repercusiones de estos hipotéticos hallazgos son enormes para nuestra civilización. La Filosofía no puede quedarse al margen y deberá aportar su visión globalizadora ante un fenómeno fundamental en la historia humana.

ABSTRACT

«Astrobiology and Philosophy: closing the original circle». In the past decade, Astrobiology has become one of the scientific disciplines with more social impact. The possibility of life everywhere in the cosmos is highly probable, and maybe its discovery will be possible due to the progress on observation techniques and to the probes that will arrive to the planets and satellites of our Solar System. The consequences of this hypothetical finding are very important to our civilization. Philosophy must contribute with its global approach to the insight of a fundamental event in human history.

I. INTRODUCCIÓN

Aunque su origen puede rastrearse a lo largo del siglo XX, es en la década de los 90 cuando la joven ciencia de la Astrobiología adquirió notoria presencia en los medios académicos y en los de comunicación social, aunque no faltan críticos que argumentan que no se trata de una disciplina científica, ya que no cuenta con un «objeto» de estudio al no disponer aún de evidencia alguna de que exista vida extraterrestre. Y es que tal es el interés de esta disciplina polifacética: la vida en el universo, las condiciones de posibilidad universales de este fenómeno del que no existe una definición estricta debido a la ausencia de otros casos ajenos a nuestro planeta con los que comparar.

No debe extrañar que la joven ciencia multidisciplinar de la Astrobiología reclame la necesidad de que la Filosofía y las ciencias sociales se impliquen en el estudio y reflexión sobre la vida como probable fenómeno cósmico. Nadie duda de





que la confirmación irrefutable de la existencia de vida fuera de nuestro planeta alteraría nuestro marco de referencia planetario respecto al universo, aun en el caso de que se trate de vida microbiana. Y es que esta posibilidad se contempla mucho más cercana que en otros tiempos. El debate pluralista se ha basado tradicionalmente en la analogía y en la extrapolación del caso terrestre a otros lugares del universo; pero gracias a los enormes avances de las ciencias de la vida y la Astrofísica podemos estar a las puertas de hallar las pruebas definitivas. Si ese hallazgo consiste en otra u otras especies inteligentes con gran desarrollo tecnológico, ya sea de forma directa o mediante la recepción de un mensaje de radio de origen artificial, ¿pasaremos a ocupar un puesto más entre otras muchas entidades autoconscientes del cosmos? ¿Qué consecuencias podría tener para el género humano tal descubrimiento? ¿Puede dar lugar la vida extraterrestre a partir de su descubrimiento a una «nueva» cosmovisión?

Las respuestas sociales ante este hallazgo son objeto de debate y previsión teórica en diversos sectores académicos. En este sentido, parece ser que ha sonado de nuevo la hora de que la Filosofía aborde como materia de reflexión un viejo problema que había abandonado con la aplicación generalizada del método científico. Ya a mediados del siglo XIX la teoría de la evolución y el nacimiento de la Astrofísica contribuyeron a que el cosmos fuera considerado un universo potencialmente biológico además de físico¹. La interdisciplinariedad es absolutamente necesaria en un campo como la Astrobiología, al igual que, por ejemplo, en la investigación neurocientífica.

Los buscadores de vida alienígena más optimistas tienden a desterrar el antropocentrismo de su cosmovisión; pero, sin embargo, una de las interpretaciones de la estructura íntima de la naturaleza que más han contribuido a recuperar el antropocentrismo es el principio antrópico de Barrow y Tipler², entre otros. Los valores de las cuatro interacciones básicas de la naturaleza (gravitatoria, nuclear fuerte, nuclear débil y electromagnética) parecen indicar una sintonización especial que conlleva a la vida irremediamente. Según Davies, «parece que la estructura del universo y las leyes de la Física se hubieran ajustado deliberadamente para posibilitar la emergencia de la vida y la conciencia»³. De esta forma podría llegar a pensarse que la especie humana es una «entidad necesaria» en el universo. Tal interpretación, en la línea del punto Omega de Theilard de Chardin, ha sido muy criticada entre otras razones porque parece restringir la vida autoconsciente a la forma humana y por ser una teoría infalsable.

Y como derivación importante de este neo-antropocentrismo es necesario citar la pregunta fundamental de la teoría del conocimiento, la que se refiere al «misterio de la decodificación de la naturaleza»⁴: ¿por qué la naturaleza nos es inte-

¹ *The Biological Universe. The Twentieth-century Extraterrestrial Life Debate and the Limits of Science*. Steven J. Dick. Cambridge University Press, 1996, p. 11.

² *The Anthropic Cosmological Principle*. John D. Barrow & Frank J. Tipler. Clarendon Press, Oxford, (1949) 1987.

³ *Are We Alone? Philosophical Implications of the Discovery of Extraterrestrial Life*. Paul Davies. Basic Books, New York, 1995, p. 118.

⁴ *Ibidem*, p. 121.

ligible? Después de abogar por un orden real en la naturaleza que somos capaces de decodificar gracias a nuestras capacidades racionales⁵, Davies encuentra sorprendente esta capacidad «porque no parece obvio que tenga una utilidad selectiva desde el punto de vista de la evolución».

II. HISTORIA DE LA IDEA DE PLURALIDAD

Desde la antigüedad hasta nuestra época, filósofos y poetas, novelistas y clérigos, filósofos naturales y científicos modernos se ocuparon en sus cosmologías, en sus ensayos moralizantes y en sus especulaciones sobre la estructura del universo, de la necesidad, imposibilidad o simple plausibilidad de que en otros astros hubieran medrado entidades similares a los organismos que conocemos, e incluso seres antropomorfos autoconscientes. El mito y la imaginación fantástica, a menudo desbocada, iba por delante de las especulaciones más sensatas, poblando no ya otros astros, sino nuestro planeta de una fauna visible sólo fugazmente, celosa de sí misma, a caballo entre nuestro mundo tridimensional y el de la Alicia de Lewis Carroll. En todo caso los huidizos extraterrestres siempre nos han dicho mucho más de nuestra propia especie que de las hipotéticas humanidades del cosmos, ya que humanizamos todo lo que vemos o imaginamos.

La reflexión especulativa sobre la pluralidad de seres cósmicos ha estado presente en la Filosofía desde su origen en Grecia. Fue el atomismo la corriente que dedujo la existencia de múltiples mundos y de sus habitantes, en función de la infinitud de átomos moviéndose en el vacío y de las múltiples combinaciones de éstos. Demócrito y Epicuro fueron declarados pluralistas y ya en Roma el poeta y filósofo natural Lucrecio continuó su senda ofreciendo una primera versión de lo que en la actualidad se denomina *principio de plenitud*. En el lado contrario, Aristóteles negó la pluralidad basándose en su cosmología geocentrista del lugar natural de los elementos, doctrina que recogió el Cristianismo a pesar de que Tomás de Aquino llegó a plantear cuál de las dos hipótesis —unicista o pluralista— casaban mejor con el dogma de la creación por parte de un Dios omnipotente. La conclusión del de Aquino fue que la omnipotencia divina se aviene mejor con la existencia de una única obra perfecta, con lo que el unicismo gana la partida hasta la Edad Moderna con el desarrollo de la ciencia.

En buena medida Copérnico abre el camino a la especulación exobiológica en la época moderna, aunque no se ocupe directamente de tal posibilidad. Al situar al Sol en el centro de su modelo cosmológico es factible pensar que alrededor de otras estrellas como nuestro Sol haya planetas semejantes a la Tierra. Posteriormente Galileo descubre a través del telescopio que la superficie de la Luna es bastante parecida a la de la Tierra, con zonas brillantes que podrían ser tierra y zonas oscuras que podrían ser agua. Kepler argumentó a favor de la existencia de selenitas y Bruno fue quemado por desmedido pluralista, entre otras herejías.

⁵ *Ibidem*, p. 123.



Influido por la teoría neo-atomista y el movimiento vorticial impreso a los átomos por Dios según Descartes, Bernard le Bovier de Fontenelle contribuye mediante un auténtico *best-seller*, *Conversaciones sobre la pluralidad de mundos* (1686), a la difusión de esta idea por toda Europa. En esta obra se establece la analogía entre nuestro Sol y las estrellas, y entre la Tierra y otros hipotéticos planetas. El mismo año es el matemático y astrónomo holandés Christiaan Huygens el que propone una pluralidad de sistemas solares basándose en la misma analogía.

El universo newtoniano (que reconcilia a Dios con las leyes físicas mediante la teología natural y la teleología) provoca una auténtica revolución cosmológica a la que se adhieren pensadores como Kant, que contribuye a una interpretación física de la antigua cosmología religiosa. Se cierra así un círculo que nos remite a los atomistas griegos, a sus infinitos *kosmoi*, separados unos de otros y poblados con sus correspondientes habitantes.

Mientras los filósofos ingleses y franceses parecían dar por buena la pluralidad de mundos habitados, los alemanes como Hegel y Feuerbach afirmaban que el hombre era la criatura favorita del universo y la Tierra el planeta en el que se centraba el propósito universal, al menos en un sentido figurado, ya que no en términos religiosos. Poetas como Milton, Pope o Byron hacían uso de los motivos extraterrestres en sus obras, al mismo tiempo que Voltaire propiciaba la relativista visita de los habitantes de Saturno a la Tierra para criticar los prejuicios más arraigados. A finales del siglo XIX la cosmovisión newtoniana no tenía nada que objetar a la posibilidad extraterrestre, posibilidad más filosófica entonces que puramente científica, a pesar de las críticas emanadas desde el Cristianismo. Merece la pena destacar en este momento la labor de dos astrónomos que practicaron con enorme éxito lo que en el siglo XX se denominó divulgación científica: Richard Proctor y Camille Flammarion. Proctor especuló con la posibilidad de que los planetas de nuestro sistema solar pudiesen adquirir las condiciones necesarias para que se desarrollara la vida, al igual que la Tierra y Marte, como se pensaba entonces; podían existir, además, millones de planetas en el universo que, gracias a la evolución, albergaran organismos vivos. Flammarion, al igual que Proctor, se adhirió también a la teoría darwiniana y rechazó el antropocentrismo asegurando que el ser humano no es la cúspide de las formas de vida.

En el siglo XX el carácter imparable de la carrera espacial, a pesar de numerosos contratiempos, contribuyó a que lo que era una creencia latente en las sociedades occidentales retornase a la primera línea del imaginario colectivo. El hombre saltaba al cosmos y la intuición de la existencia de vida más allá de la Tierra se acentuó.

III. LA ASTROBIOLOGÍA

El Centro de Astrobiología de Madrid⁶ fue inaugurado en enero de 2003. Está asociado al *NASA Astrobiology Institute*⁷ y es el único organismo de este tipo en

⁶ <http://www.cab.inta.es/>

⁷ <http://astrobiology.arc.nasa.gov/>

el mundo fuera de Estados Unidos. La apertura de citado centro en nuestro país obedece a la creciente importancia de una ciencia multidisciplinar cuyo reconocimiento internacional tiene ya, y es probable que tenga aún más en el futuro, una importancia fundamental para la Filosofía, la Antropología y la Sociología, por citar sólo tres grandes esferas de pensamiento e investigación ubicadas en las humanidades. Las consecuencias socio-culturales del descubrimiento de *biotas* alienígenas con estructura orgánica sencilla —la biología moderna no usa el término «inferior» o «poco evolucionados»— o del contacto con seres conscientes con un alto desarrollo tecnológico son enormes. El encuentro con el Otro se produciría en toda su radicalidad en tal ocasión.

Este enorme y apasionante campo de reflexión va siendo progresivamente explorado en ámbitos académicos anglosajones; baste como ejemplo el memorando técnico de una convención sobre las implicaciones sociales (*societal aspects*) de la Astrobiología, celebrado el 16 y 17 de noviembre de 1999 en el *Ames Research Center* de la NASA⁸, cuyo objetivo fundamental era discutir temas como la implicación que la investigación astrobiológica tendrá para la psicología humana, la sociedad en general y la cultura.

En España la investigación teórica sobre estos temas se encuentra aún en sus inicios, por lo que es necesaria la progresiva concienciación del sector universitario español. Son los propios astrobiólogos los que reclaman la necesidad de que el científico humanista y la propia Filosofía se apliquen al estudio de este campo esencialmente abierto y aún inexplorado. Estos dos rasgos se hacen patentes en la multitud de preguntas que se hacen los científicos preocupados por la existencia de la vida en otros lugares del Universo; por ejemplo: ¿cómo debemos responder al descubrimiento de vida extraterrestre?; ¿tienden por su propia esencia las leyes del Universo a la creación de vida en todo lugar donde sea posible? (principio de plenitud); ¿cómo reaccionarán los líderes políticos y religiosos y el público general ante el hallazgo?; ¿cambiarán nuestras creencias básicas, nuestra cosmovisión actual?; ¿puede la ciencia ficción y la psicología social aportarnos un conocimiento previo de las reacciones plausibles —y su variabilidad debido a las diversas culturas— ante la difusión pública del descubrimiento?; ¿permanecerá inalterable nuestro concepto de lo humano?

El descubrimiento de planetas extrasolares —uno de los más trascendentes hallazgos de la Astrofísica contemporánea— no debe llevarnos a dar por confirmada la existencia de vida en ellos. Las posibilidades aumentan, más aún si los planetólogos pudieran establecer sin duda alguna que la formación de tales astros es una etapa habitual de la evolución estelar y, con el concurso de la Biología, demostrar que el proceso conduce ineluctablemente al desarrollo de vida. Podríamos interpretar filosóficamente estos hallazgos como la «confirmación científica» del viejo principio de plenitud. Para el físico Paul Davies, «si el citado principio es una buena guía debemos apoyar la idea de que si no hay impedimentos contra la formación de vida, ésta se formará»⁹.

⁸ <http://astrobiology.arc.nasa.gov/workshops/societal/>

⁹ *Are We Alone?...*, p. 22.

Pero la evolución biológica en otros planetas no tiene por qué conducir a otras humanidades; a pesar de la influencia del principio antrópico, el consenso mayoritario es que no existen leyes necesarias que conduzcan hacia la especie humana, hacia el antropomorfismo, ni biológico, ni cultural, ni moral. Paralelamente debemos estar prevenidos ante la necesidad de abandonar lo que se ha dado en llamar biocentrismo —la Tierra como nicho especial y único de la vida—: bastaría con hallar pruebas irrefutables de la existencia de seres en otros planetas, ya ocurra el hallazgo a través de las misiones espaciales programadas en los próximos años o mediante la recepción de una señal de origen artificial por parte de los numerosos buscadores del proyecto SETI (*Search for Extraterrestrial Intelligence*).

IV. IMPLICACIONES CULTURALES

La pregunta por la vida extraterrestre nos remite a nuestra naturaleza, a todas las cuestiones centrales de la existencia humana que nos atañen como especie. La resolución de la pregunta por la vida alienígena tendrá profundas implicaciones, tanto si es respondida afirmativa como negativamente, en la concepción que tenemos de nosotros mismos. Por otra parte, desde el punto de vista académico, la Astrobiología «nos debe permitir analizar sus fundamentos epistemológicos y presupuestos ideológicos, a la vez que reflexionar sobre sus objetivos, expectativas y logros desde una perspectiva propia [filosófica], a la vez que evaluar y prever sus posibles impactos socioculturales y éticos, actuales o futuros, entre otros¹⁰.

Es factible prever reacciones diversas al descubrimiento de vida alienígena según el ámbito cultural. Es fácil imaginar que las etnias pieles rojas norteamericanas interpretarán el hallazgo de forma muy diferente a un occidental de Centroeuropa (quizá sería también una inmejorable ocasión para someter a «prueba empírica» la supuesta globalización omniabarcante y omniexplicativa). De la misma forma, son de esperar movimientos adversos o violentos por parte de sectores religiosos de tipo integrista cuya visión del mundo es desafiada ante el hallazgo; o frente a la constatación de que el ser humano no es la única especie inteligente del universo¹¹. La

¹⁰ <http://www.cibernous.com/autores/astrobiologia/teoria/abeledo.html> Véase también en la web filosófica Cibernous una sección dedicada a Astrobiología y Filosofía que coordino junto con el doctor Roberto Aretxaga, de la Universidad de Deusto: <http://www.cibernous.com/autores/astrobiologia/index.html>

¹¹ La relación histórica entre la religión cristiana, tanto en el protestantismo como en el catolicismo, con la idea de pluralidad es muy interesante. El debate sobre otras humanidades, la hipotética caída en el pecado y las correspondientes redenciones, la encarnación de otros tantos Cristos, etc., fue tema de debate hasta el siglo xx. Con anterioridad, como es de suponer, era un campo especialmente sensible para la jerarquía eclesiástica; Galileo se mostró cauteloso y Kepler se hizo «la pregunta del millón»: «Si hay otros mundos semejantes al nuestro, ¿entonces cómo pudieron ser hechas todas las cosas para el hombre?; ¿cómo podemos ser entonces los principales señores de la creación divina?». Otros temas de debate acaban siendo integrados en el canon ideológico de las



evolución biológica quedaría confirmada (contrastada una vez más) con el hallazgo de *biotas* alienígenas que hayan experimentado cambios equivalentes a los terrestres, todos ellos sometidos a las mismas leyes naturales (principio de uniformidad). No obstante, es importante no desechar el pensamiento religioso como posible respuesta adaptativa de grandes sectores de la humanidad ante el hallazgo; es más: ¿podría darse un diálogo interreligioso entre ambas especies cósmicas autoconscientes?

En nuestra propia cultura disponemos de muchos ejemplos sobre el contacto intercultural que proporcionan pistas sobre cómo podría producirse éste y sobre sus consecuencias. Las crónicas de los descubridores y exploradores de nuevas tierras a menudo relataban encuentros con bestias y exóticas civilizaciones (o reinterpretaciones *ad hoc* en clave mitológica de especies desconocidas en Europa), de tal forma que podríamos esperar historias semejantes de los futuros exploradores terrestres de las inmediaciones de nuestra galaxia. Steven J. Dick, del US Naval Observatory y autor de varios volúmenes sobre la historia de la idea de pluralidad de mundos, añade a estos casos históricos las especulaciones de los escritores de ciencia ficción y establece dos importantes analogías: la transmisión del corpus de conocimiento griego al mundo latino a través de los árabes en el siglo XII y la recepción en la sociedad occidental de la teoría de la selección de las especies de Charles Darwin. En el primer caso nos vemos ante un encuentro entre civilizaciones no contemporáneas. La analogía es válida en primera instancia, basta imaginar la recepción de una señal de radio de origen tecnológico con información coherente cuya procedencia es algún punto de la galaxia más allá de nuestro sistema solar. Debido a las enormes distancias interestelares, el retraso de esa señal hasta llegar a nuestro planeta puede ser muy superior al de la ciencia griega con respecto al mundo medieval; el choque cultural se produciría, aunque valdría la pena pensar si el resultado sería un nuevo Renacimiento.

El caso de la teoría darwiniana es más interesante si cabe. El debate surgido en torno a ella nos puede dar una pista de cuál podría ser la respuesta social, teológica y filosófica en torno al hallazgo de vida extraterrestre inteligente. Si con la publicación de *El origen de las especies* se discutió el lugar del hombre entre las restantes especies, con el hallazgo de vida alienígena se puede plantear nuestra posición en el tal vez universal 'fenómeno vida'. ¿Será posible explicar tal hecho con nuestra física y biología? Con casi total seguridad sí, ya que las leyes de la naturaleza parecen ser las mismas en todo el cosmos; pero ¿será factible integrar un nuevo conjunto de conocimientos «filosóficos» y «artísticos» en los nuestros? Éste será sin duda un gran reto y no es difícil pensar que puedan aparecer nuevos obispos Wilberforce que le pregunten al Thomas Huxley de turno si se siente «equivalente» a los extraterrestres (que harán el papel del chimpancé) por parte de madre o por parte de padre.

¿Y si el contacto se produce con máquinas u organismos cibernéticos? Los autómatas imaginados por el matemático John von Neumann se autoreproducirían

iglesias gracias a los avances de la ciencia de tal forma que el hipotético descubrimiento de vida alienígena no ha sido pasado por alto por parte de algunos clérigos sensibilizados.





o bien crearían organismos nuevos con los materiales y la información adecuados dando lugar a una legión de exploradores de la galaxia. ¿Será necesario en ese caso ampliar nuestro concepto de mente con las enormes consecuencias filosóficas y religiosas que tal dilema conllevaría?

No quiere este artículo dar la impresión de optimismo por el inevitable hallazgo de vida en otros lugares del universo; la única pretensión del autor, como ha quedado dicho, es poner de manifiesto la relevancia de esta cuestión para la Filosofía contemporánea. Al contrario, si alguna crítica he de hacer al escenario internacional del debate astrobiológico es el excesivo optimismo que frecuentemente manifiestan los astrónomos interesados en SETI. Tal visión es conveniente matizarla con la perspectiva de la Biología evolucionista, más reacia a admitir que la vida sea un fenómeno universal. Por otro lado, el propio conocimiento astrofísico impone serias restricciones a la posibilidad de que exista vida en otros planetas.

En primer lugar no se han descubierto aún planetas extrasolares de tipo terrestre, aunque sí varias docenas de tipo gigante como Júpiter o mayores, en los que la vida de cualquier tipo es casi imposible. Pensemos ahora en nuestro Sistema Solar: situado en un brazo de nuestra galaxia, lejos de las peligrosas radiaciones que emite su centro. Pasemos ahora a nuestro planeta: con una temperatura ideal para permitir la existencia de agua en estado líquido, fundamental para la vida; con un tamaño adecuado para retener una atmósfera rica en oxígeno; con una inclinación de su eje de rotación (23°) —gracias a un gigantesco satélite muy cercano— causante de las estaciones, potenciadoras de la selección natural gracias a los cambios de mareas; y un gran planeta como Júpiter que sirve de atractor gravitatorio de cometas y asteroides que podrían resultar catastróficos si chocaran con la Tierra (como ha sucedido en el pasado en varias ocasiones: extinción masiva del Pérmico, extinción de los dinosaurios en la frontera K-T entre el Cretáceo y el Terciario, etc.). ¿Cuál es la probabilidad de encontrar un planeta en el que se hayan dado éstas y otras muchas coincidencias favorecedoras de la vida compleja?

Para el neodarwinismo representado por Richard Dawkins y Stephen Jay Gould el origen de la vida y la inteligencia son acontecimientos totalmente fortuitos y escasamente probables; por ello nada indica que tales fenómenos se vuelvan a repetir, es poco probable que se hayan producido independientemente en cualquier lugar del universo. Por el contrario, Stuart Kauffman cree que según las leyes de la física, la vida emergerá automáticamente de una sopa química inerte dadas las condiciones adecuadas. Según Kauffman, «la vida es una propiedad colectiva de ciertos polímeros catalíticos. Si esto es cierto, las vías de la vida son muchas y su origen muy simple»¹².

Con el descubrimiento de vida ajena a nuestro planeta podremos, tal vez, resolver el misterio de su origen. Quizá la vida se originó en otros planetas y llegó al nuestro a bordo de cometas que cayeron atraídos por la gravedad; otra posibilidad es que se originara de forma independiente en nuestro suelo en las fuentes hidroter-

¹² Citado en: *Are We Alone?...*, p. 79.

males de hace 2.800 millones de años. En el primer caso quedaría confirmada la teoría de la panspermia y como posible consecuencia el origen común de todos los seres orgánicos; en el segundo, sería lógico pensar que la vida ha tenido múltiples orígenes. En ambos casos, las consecuencias filosóficas son muy distintas pero igualmente impactantes, situación que recuerda a los partidarios del origen evolutivo único de la especie humana y a los del origen múltiple e independiente.

V. EL MAYOR MITO DEL SIGLO XX

Desde el punto de vista de un número importante de personas la pregunta por la posible existencia de otros seres en el universo podría parecer superflua, ya que la creencia en tal realidad se halla extendida en nuestra sociedad; baste como indicio de ella dos expresiones comunes que se suelen emplear con mucha frecuencia: «no podemos estar solos en el universo» y «cuánto espacio desaprovechado si sólo existimos nosotros». Las dos son variaciones de un mismo deseo y ambas son igualmente falaces, ya que esconden una interpretación teleológica que cae fuera de la ciencia. Lo que para algunos es una posibilidad, para otros es una convicción, incluso una fe: la presencia de alienígenas en nuestro planeta a bordo de sofisticadas naves interplanetarias, dando forma a uno de los más poderosos mitos del siglo XX, los platillos volantes u ovnis.

La industria cultural jugó desde los años 50 del pasado siglo un papel determinante en la expansión del mito de la venida de los extraterrestres, la mayoría de las ocasiones de manera absolutamente sensacionalista. La creencia mundial en los platillos volantes quedó relegada a publicaciones aptas sólo para los kioscos, a las listas de libros más vendidos y a infames cultivadores del misterio prefabricado, pero la «cultura popular» acogió rápidamente a los alienígenas, mientras los antropólogos y folcloristas disponían de un caldo de cultivo natural para observar la gestación de una religión cósmica y de un mito movilizador¹³.

El planeta Marte fue el primer origen propuesto de los platillos volantes. No era ninguna novedad, ya que desde las observaciones de los astrónomos G. Schiaparelli y P. Lowell a finales del siglo XIX el planeta rojo gozó de inmerecida fama como posible ecosistema capaz de albergar vida. La popularización científica contribuyó a que Marte permaneciera como un lugar inquietante para los humanos. ¿Cómo podían ser los marcianos de los que incluso algunos científicos se atrevían a especular en público? La respuesta la aportó el cineasta Orson Welles en

¹³ Movilizador porque en particular durante los años 70 y 80 fueron frecuentes las «alertas ovni», concentraciones de miles de personas en lugares «propicios» para la aparición de ovnis según la leyenda platillista, normalmente ante el aviso de algún contactado con los seres del espacio y por mediación de una emisora radiofónica. En España la mayor de estas congregaciones, acompañadas de abundantes *performances* típicas de la *New Age*, se celebró en Las Cañadas del Teide el 23 de junio de 1989, cuando 10.000 personas acudieron en una fría noche a la llamada de los «seres del espacio»...



1938 al emitir la conocida versión radiofónica de la novela de H.G. Wells *La guerra de los mundos*. La perfecta puesta en escena de Welles provocó la aterrada respuesta de los habitantes de New Jersey. ¿Es factible una reacción similar por parte de determinados sectores de la población cuando se produzca el descubrimiento del que venimos hablando? El citado memorándum de la NASA sobre los aspectos sociales de la Astrobiología menciona como punto importante la previsión de las respuestas sociales ante el hallazgo definitivo mediante estudios basados en analogías históricas, como las comentadas más arriba.

Las teorías conspirativas abundan en el escenario social de esta creencia popular. Según aquéllas los gobiernos ocultan información sobre los extraterrestres, o bien la ocultarán cuando el descubrimiento se produzca porque se considerará peligroso para la masa. Por supuesto, la sospecha de pánico o de reacciones masivas irracionales son presumibles, como hemos visto anteriormente, pero de ahí a suponer que existe un ocultamiento oficial o *cover-up* dista un trecho en el que la racionalidad es pulverizada; en cambio tal «encubrimiento» es totalmente plausible para la lógica interna del mito extraterrestre, ya que aporta una solución a la sospechosa ausencia de pruebas confirmatorias y públicas.

La religión cósmica que tiene a los alienígenas por unos nuevos dioses tecnificados propicia el reencantamiento del mundo; los nuevos númenes extraterrestres, tal y como los define Bueno¹⁴, prueban el enorme atractivo que posee para los humanos la posible existencia de seres inteligentes más allá de la Tierra. La Filosofía debe estar atenta a la ciencia y al mito porque es probable que al compás de los avances de la primera en el campo de la Astrobiología se produzcan manifestaciones de restauración mitológica de nuestra relación con el Cosmos.

¹⁴ Gustavo BUENO. *El animal divino*. Pentalfa Ediciones, 1985, Oviedo, p. 142.